

ya en filosofías sobre el derecho a la vida de los no nacidos o lo que han dado en llamar el derecho a una muerte digna, disfraz en tantas ocasiones de una eutanasia basada en la comodidad, la escasa capacidad de sufrimiento personal o ajeno, o un deseo lucrativo fundado sobre la herencia familiar. Habría mucho que discutir y tampoco es opinión unánime de quienes propugnan la abolición de las corridas de toros.

Pero en algo llevan razón, y por ello van calando entre parte de la población, que ve al toro como un ser indefenso al que zahieren, en cuadrilla, un grupo de lidiadores organizados y armados. Y nos muestran ese animal herido, agónico, exhalando sus últimos hálitos vitales, cubierto de sangre –las más de las veces pintada sobre la capa del toro–, con imágenes estremecedoras o enternecedoras que calan en el corazón de los que no se han acercado al espectáculo.

Porque la fiesta de los toros, vista desde esa perspectiva no histórica, ni sincera, ni profunda, sino superficial y buenista, puede parecer una simple tortura, no trasnochada y arcaizante, sino absolutamente execrable. Pero, y no es éste lugar para ahondar en ello, se equivocan por completo. Al animal se le provoca un daño, es cierto, pero ni el protagonista humano del festejo –el lidiador–, ni el público asistente –la afición–, se detienen en ello más que para criticar o censurar el exceso del mismo –a los picadores que se pasan en el castigo, a los peones que dan mil capotazos sin sentido, a los banderilleros que clavan mal los rehiletes, a los matadores que convierten lo que debe ser una muerte limpia, eficaz y ortodoxa, en una vulgar carnicería, o al puntillero que marra cien veces el golpe con el cachete–. ¡Que diferente puede llegar a ser la realidad pintada por aquéllos! El público en la plaza no se detiene en el daño infringido porque al público le interesa el espectáculo en sí mismo, no en el regodeo de la sangre vertida, tal y como han clamado durante siglos los abolicionistas. De ahí que en lo moral no se hayan puesto reparos a las corridas de toros en los últimos cuatro siglos desde las principales y mayoritarias religiones occidentales; de ahí que –contrariamente a lo que creían los reformistas sociales de finales XIX, e incluso los mojigatos del XVIII– la fiesta no sea una escuela de malas costumbres, de vicios o de hombres violentos y delincuentes en potencia.

La fiesta que ven los aficionados es muy otra. Se basa en la existencia de un animal singular, fiero en su naturaleza, agresivo, dotado de un vigor sin igual y que siendo bravo o manso, acomete al que tiene enfrente y si es posible le coge y no suelta su presa hasta verla destrozada: un toro de lidia. Un animal irracional

–y por ello no puede ser sujeto de derechos, ya que para él no existen las correspondientes obligaciones–, que embiste para coger y que para ello ha sido dotado por la naturaleza de dos armas ofensivas o defensivas de extraordinaria capacidad como son los cuernos. Todas las tauromaquias –a la postre tratados técnicos sobre el arte de torear, pero también en mayor o menor medida tratados filosóficos sobre el espectáculo–, defienden la necesidad previa de la existencia de un toro de lidia. Antaño, aun en el siglo de las luces, eran denigradas aquellas razas que no ofrecían este comportamiento singular que, con el paso del tiempo, hemos dado en llamar casta. No era posible el espectáculo sin ese toro de determinadas subrazas –encastes– que tenían en común ese especial carácter, que les hacía acometer al oponente en el ruedo. Todavía hoy, las gentes protestan, chillan y se enfurecen, cuando ven salir de toriles a un toro que no acomete, que busca la huída o el refugio de la penumbra del chiquero. Y sobre la base de un animal con tales comportamientos peculiares, el aficionado ve a un hombre, al que considera ser supremo de la creación, dotado por la naturaleza de unas fuerzas muy inferiores a su contrincante, pero por ésta misma o por Dios –para los creyentes– de inteligencia, valor, serenidad, ligereza y habilidad suficientes como para imponerse en el duro reto de la vida. Y en definitiva se recrea en cada fiesta esa lucha por la supervivencia del ser humano, frente a las desmedidas fuerzas de la naturaleza, mezcladas, inconscientemente, con arcanos como la capacidad procreadora del toro o sus vigos que pasan de este modo del totem al hombre que simboliza a la humanidad, tal y como reflexionaba en su día Ángel Álvarez de Miranda. Y todo ello en un espectáculo público donde se aquilatan las cualidades de ese animal singular, como a muy pocos más, todos ellos dedicados a la compañía o utilidad del hombre, donde se valoran y engrandecen esas cualidades –al fin y al cabo inútiles para la supervivencia, pero grandiosas en lo heroico– hasta el punto de inmortalizar su encaste o su nombre y señas particulares, perdurando a través de generaciones enteras. Todos los aficionados, y aun los ajenos a la afición, saben de la existencia de algunos toros excepcionales, bien por sus hazañas, bien por ser responsables –en la antitética visión del espectáculo– de la muerte del lidiador.

El hombre, mediante su inteligencia, industria, técnica y pericia, adobadas en el valor necesario –y no temerario– se sobrepone a las dificultades vitales y sale triunfador de la lucha, en lo que se recrean –cuando son bien ejecutadas las suertes– todos los concurrentes al espectáculo.

Pero, ¿existe hoy ese toro bravo, acometedor, encastado; esa fiera que preconizan tauromaquias como indispensable para la lid? El toro es el eje alrededor del cual gira la tauromaquia –su propio nombre lo dice–, pero, sin embargo, merced a una transformación constante del espectáculo, la crianza de ese toro se ha ido modificando en las últimas décadas, intentando depurar determinadas condiciones, pero en detrimento de su cualidad fundamental, la casta, la acometividad. Y con ello se ha perdido, en buena medida, la justificación necesaria, imprescindible, sobre la que se basa el espectáculo. Si el toro no acomete, simplemente anda por la plaza, se mueve –cuando lo hace– pero sin agresividad, sino cual animal domesticado –o simplemente dando esa apariencia–, la lidia se transforma en un espectáculo sangriento carente de base. La naturaleza domesticada, la vida urbana a la que nos dirige cada día más la sociedad, no necesita ser domeñada, se moldea en función de nuestra conveniencia o exigencia a lo más. La sociedad, alejada del mundo rural, del contacto con las fuerzas vitales de lo natural, de los animales, no cree necesario violentar la misma, ni dominarla, le viene impuesto así el conocimiento, y se sorprenden –y llegado el caso incluso se enfadan– cuando una riada, un huracán o un terremoto viene a alterar no el orden natural de las cosas, sino la visión y comprensión de un mundo urbanizado.

La fiesta es heredera de una visión más próxima al mundo, muy firmemente asentada con sus pies sobre la tierra, alejada aun de un tecnicismo y desarrollo que han alejado al hombre de su propia idiosincrasia para aproximarlos al utilitarismo y al consumismo. Hunde sus raíces en la propia esencia del ser: ser humano y ser natural, encarnado en una fuerza vital, gnésica y poderosa como lo es el toro de lidia. El hombre, en la corrida de toros se reivindica a sí mismo, vuelve a ser el rey de la creación, vuelve a ser el pionero que desarrolló la agricultura, creó la ganadería, forjó herramientas o descubrió la escritura. Se sobrepone al mundo en cada tarde, arriesgando para ello la vida, y saliendo triunfante del reto, porque mayores son sus capacidades e intelecto.

Pero no olvidemos nunca que, para ello, debe existir en tan singular y profundo duelo, un ser capaz de infundir todo ese cúmulo de sentimientos que nos infunden las violencias grandiosas de la naturaleza desatada. El toro ha de reunir en sí mismo, un conjunto de cualidades excepcionales. A pesar de ser rumiante y herbívoro, debe desarrollar una agresividad carnívora, no de defensa y huida –como pudieran hacerlo animales salvajes semejantes, dentro de los bóvidos,